

destia con la grandeza, la sublime naturalidad con la dulce apacibilidad; y las inspiradísimas odas de Fernando Herrera, llamado el divino, por la pompa, armonía y magnificencia de la versificación, por la imaginación fogosa, alteza de pensamientos y vastísima instrucción, que constituyen el fondo de sus cantos sublimes; en todas las cuales, así como en las de los prosistas de entonces, —¿quién puede callar aquí los nombres de Granada, Malón de Chaide, Sigüenza, Juan de la Cruz, Santa Teresa, Mariana, Ribadeneira? — el pensamiento sólido y profundo es el alma de la composición, y las bellezas literarias son como flores primorosas que brotan al calor de la inspiración, en los amenísimos jardines de la fantasía y del corazón, para contribuir con sus encantos a dar más realce a la sólida producción de la inteligencia.

La Inmaculada más divina que ha producido el genio del arte, de pincel español brotó; porque el arte español de aquellos tiempos era eminentemente cristiano, y Murillo que era tan buen artista como cristiano, tuvo la gloria de interpretar con los encantos del arte el concepto teológico, que sobre el primer instante del sér de la Madre de Dios tenía formado el pueblo más teólogo, que han conocido los siglos.

La huella más gloriosa que ha inmortalizado el genio estético, profundamente teológico, de nuestros artistas de la edad de oro, quedó

impresa en la octava Maravilla del mundo, en la cual Juan de Toledo, primero, y su insigne discípulo Juan de Herrera, después, eternizaron los dos sublimes amores de los españoles de aquellos tiempos; el amor a España y el amor a la fe católica: amores que tenían su más noble encarnación en el gran Felipe II, de cuya soberana concepción brotó el monumento de piedra, llamado Escorial, que todavía admiramos hoy.

Todo en él se presenta nacido de una idea altísima e inmensa como el Catolicismo; todo aparece ordenado en su majestuoso conjunto y en los más insignificantes pormenores, como en la vasta inteligencia de Felipe estaban ordenados los asuntos de la monarquía; todo uno en la variedad, como era su carácter.

Apenas habrá otro edificio en que estén tan fielmente retratados la época y el hombre que lo concibió. La religión anima sus grandiosas y robustas formas, y el talento las encamina con firmeza a un fin tan sublime como bien determinado, sembrando acá y allá la ornamentación, siempre rica y pomposa pero rígida y austera, de modo que ni un solo detalle desdijera del soberano pensamiento que informa el maravilloso conjunto.

Y, ya es hora de que digamos algo de la constancia que, acaso, constituye la nota más saliente del carácter de aquellos españoles, que inmortalizaron el nombre de su patria.

Cuando, a mediados del siglo XV, nuestros afortunados Reyes Católicos empuñaron las riendas de la monarquía, la raza española era la más guerrera que habitaba entonces la tierra; porque el pueblo español preocupado por el santo anhelo de arrojar, cuanto antes y para siempre, a la maldita raza de Mahoma de nuestro suelo, tenía en lamentable olvido el cultivo de las artes; de las ciencias y de las letras, para atender, casi exclusivamente, al ejercicio de las armas.

Un pueblo templado, por espacio de cerca de ocho siglos, en los azares de la guerra, había de gozar, necesariamente, de una constitución de hierro, a la cual suele ir unido, inseparablemente, un tesón inquebrantable ante las mayores dificultades. Y un pueblo, así preparado, ¿qué necesita para asombrar al mundo, con el estruendo de sus hazañas, sino ilustres caudillos que le lleven al campo del heroísmo?

Y esa fué la dicha del pueblo español, que en un Fernando de Aragón e Isabel de Castilla encontró los dos monarcas que necesitaba, para iniciar la edad heroica de nuestra historia; magnánimos y de gran temple de alma ambos, los cuales con una constancia, sólo comparable a su talento, realizaron la gloriosa obra de la unidad nacional, fundamento de las demás glorias, que por siglo y medio se sucedieron.

Cuando el talento informa a un alma dotada de gran firmeza de carácter, la encami-

na, ordinariamente, por el cauce de la razón a la consecución de fines nobilísimos, convirtiéndose entonces la firmeza en la virtud de la constancia; mas, cuando el alma dotada de grandes energías carece de talento, está en gran peligro de ser víctima de la temeridad, que es un vicio que habita en la frontera opuesta a la constancia.

La temeridad hace aventureros; la constancia héroes. Muy injusta fué la pluma que llamó pueblo de aventureros a la España de la edad de oro. Si el injusto detractor de nuestras glorias patrias hubiese penetrado en el fondo de las gigantescas empresas de que están sembradas las páginas de nuestra historia, hubiera tenido que confesar, vencido por la evidencia de los hechos, que aquellas empresas asombrosas llevan todas impreso el soberano sello de la constancia, que avanza impertérrita, a través del campo del heroísmo, iluminada siempre por las luces de la razón, la cual nunca pierde de vista la magnitud de la obra que la magnanimidad acomete y la constancia lleva a cabo; previene las dificultades, y combina los medios más proporcionados que están a su alcance, para vencerlas.

Sublime tesón... tenacidad santa... que disteis a España un Cisneros, el cual ocultando bajo la púrpura cardenalicia la coraza del guerrero, llevó las armas cristianas al Africa, y arrancó del poder de los infieles las ciudades de las costas berberiscas. Figura co-

losal y gigantesca, que así manejaba la espada, enfrente de los ejércitos que llevaba a la victoria, como fundaba academias y universidades; que lo mismo empuñaba el báculo pastoral en la dirección de la diócesis que el Vicario de Jesucristo le confiara, que el cetro real en el gobierno temporal de la nación, durante su gloriosa regencia; que era tan apto para dar a la publicidad grandiosas ediciones de las sagradas Escrituras, como para organizar ejércitos y equipar armadas; político de talento, tan profundo como Richelieu, aunque de conciencia más ajustada a las leyes de la Moral cristiana.

Sublime tesón... tenacidad santa... molde de héroes. De este molde salieron los Gonzalos de Córdoba, que conquistaron a Nápoles para España; los Hernán Cortés, que le conquistaron el imperio mexicano; los Pizarros y los Almagros, que se hicieron dueños del Perú, del Ecuador, de Bolivia y de Chile; los Elcanos, que dieron la vuelta al mundo; el intrépido Marqués de Santa Cruz y el valeroso Juan de Austria, que hundieron en las aguas de Lepanto la más formidable escuadra que vieron los mares hasta entonces. La Biblia políglota de Arias Montano, el Escorial, las obras monumentales de ciencia, publicadas por los ilustres filósofos y teólogos de aquellos tiempos, como la Metafísica y Teología del jesuíta Francisco Suárez, son, a la par que brillantes testimonios del talento de sus autores, verdaderas

maravillas de invencible paciencia y constancia.

Cuando una nación es grande, las glorias brotan de todas partes, como las flores en un campo fértil, bien cultivado.

Que flores primorosísimas nacidas en el fértil suelo español fueron los santos, que en los siglos XVI y XVII esmaltaron de gloria el jardín de la divina fe católica.

Los Beatos Juan de Avila, Simón de Rojas y Juan de Ribera, los Santos Tomás de Villanueva, Juan de Dios, Juan de la Cruz, José de Calasanz, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Francisco Javier, Francisco de Borja: cada uno de los cuales bastaría para inmortalizar el nombre del pueblo que les vió nacer. Todos ellos, por su condición de héroes verdaderos, fueron creación de la divina gracia, primero, y de la constancia, en segundo lugar.

Pero algunos de estos Santos españoles descollaron, singularmente, en esta virtud de los héroes, de modo que nos parece poder afirmar, con toda exactitud, que el tesón indomable con que llevaron a cabo la excelsa obra de la santidad, constituye la nota característica de su heroísmo. Leed sus vidas, y veréis cuán ajustada es a los hechos nuestra afirmación. Desde el primer momento de su conversión, Ignacio de Loyola se enamora de la gloria de Dios, e inspirado por este divino enamoramiento, forma la resolución de restaurarla, primero en su persona,

y luego en el mundo. Desde los 30 años que tenía cuando formó la resolución, hasta los 65, en que bajó al sepulcro, todos sus pensamientos, afectos, palabras y obras, fueron encaminados a dilatar por todas partes, no la gloria de Dios, sino la mayor gloria de Dios, como afirma la Iglesia; y asombra, a la verdad, considerar cómo un hombre, de carne y hueso, pudo superar, sin desfallecimientos, los numerosos y formidables obstáculos que las potestades de la tierra, a una con las del infierno, opusieron a la realización del soberano ideal, concebido en el castillo de Loyola por el impertérrito guipuzcoano.

La vida de Teresa de Jesús es de todos conocida. ¡Qué temple de alma la de esta mujer insigne! En un principio su corazón nobilísimo, por una parte, pero demasiado humano, por otra, andaba a rastras por las ínfimas regiones del espiritualismo; mas cuando Dios la hizo saber, por la voz de un Director espiritual insigne, que la quería un Serafín de amor sobre la tierra; ¡con qué tesón redujo a la nulidad el desorden de sus afectos, y rompiendo los lazos, aun los más tenues fabricados por el pecado venial y las imperfecciones, que la tenían atada a las bagatelas de este mundo, su espíritu feliz remontó el vuelo a la más alta cumbre de la perfección, desde donde, entre arrebatos divinos y soberanos deliquios, fijos sus ojos de hito en hito en los resplandores del sol

eterno, entonaba, enajenada, el más sublime canto inspirado por el amor divino :

«Vivo sin vivir en mí — Y tan alta vida espero — Que muero, porque no muero! »

Una mujer que lleva a cabo la reforma de una Orden religiosa y la fundación de 32 monasterios, sin recursos humanos, ya se ha hecho por sí misma el panegírico de la firmeza de su carácter y del heroico tesón que necesitó, para salir triunfante en sus atrevidísimas empresas.

Y, ¡qué alma la de Javier!... Tenaz como las graníticas rocas del Pirineo, a cuyo pie nació, no cesa en París, hasta ver ceñida su frente con el birrete doctoral; y conquistado para Dios por Ignacio de Loyola, rompe los ídolos de la vana gloria a que rendía ferviente culto; empuña la bandera de la mayor gloria de Dios, que le entrega Ignacio, y con ella enarbolada, atraviesa los mares; recorre las Indias y el Japón, y gana para Cristo diez Reyes y otras tantas Reinas, veinte Príncipes y otras tantas Princesas, y un millón y más de doscientos mil idólatras abandonan sus nefandas supersticiones para ingresar en el Cristianismo.

Un hombre, solo, sin crédito ni apoyo humano; armado tan sólo con el breviario y el santo crucifijo, dilata la Religión de Jesucristo seis mil leguas más allá de sus antiguos límites; y eso ¡en solos doce años! Los grandes efectos suponen, en buena filosofía, causas proporcionadas de donde de-

rivan; y es evidente que los hechos que constituyen la época heroica de nuestra historia son gloriosísimos. Ya está dicho, también, que en el carácter peculiar de los españoles de entonces, está la fuente de las proezas que llevaron a cabo, con una constancia y tenacidad verdaderamente asombrosas.

Y aunque encontramos el origen de esta constancia, nota característica de los españoles de la edad de oro, en su constitución guerrera, formada en la vida de campamento, por espacio de ocho siglos, hemos de añadir, ahora, que por ese temperamento guerrero, voluntad de hierro y constancia indomable que le acompañaron, todavía no nos explicaríamos satisfactoriamente la razón de nuestro glorioso pasado, si junto con los dos elementos que formaron el carácter de nuestros padres: talento sólido y firmeza de alma, no hubiese concurrido otro muy superior a los primeros, que no vacilamos en calificar de divino, y del cual recibieron el temple maravilloso que los distingue.

Los españoles de los siglos XVI y XVII eran, sobre todo, fervorosos creyentes. Nos parece que a esta condición no se le da ordinariamente la importancia que tiene, ya que es, indudablemente, la llave de oro sin la cual no es posible abrir de par en par las puertas del templo de nuestras glorias nacionales.

Tan identificada con el alma española es-

taba la fe, en aquellos tiempos, que por ella nuestros padres estaban siempre prontos a sacrificar cuanto eran y tenían; esto es, sus haciendas y sus vidas; porque la fe proponía los más sublimes ideales a su inteligencia y esperanzas infinitas a su corazón; y es claro que un pueblo que posee una inteligencia enriquecida con grandes ideales, y un corazón robustecido con esperanzas infinitas, será un pueblo de héroes, siempre que las circunstancias le lancen al campo de la acción, en prosecución del ideal sublime a que rinde culto, halagado por el resplandor del premio, que alimenta la soberana esperanza que palpita en su corazón.

Isabel la Católica se desprende de todas sus alhajas para fletar con su coste la escuadrilla que había de llevar a través de los mares a Colón; porque le arrebatava de entusiasmo la esperanza de llevar la luz santa del Evangelio a los salvajes habitantes de países desconocidos.

Cisneros lleva sus ejércitos al Africa estimulado, principalmente, por el deseo de conquistar para Jesucristo a sus moradores. Carlos V era tan piadoso como valiente, y si en Mulberg se coronó de laureles a fuerza de rasgos de valor, fué porque en aquella batalla se iba a decidir a quién había de pertenecer el imperio alemán: si a la reforma proclamada por el apóstata de Vitemberg o a la fe romana, que con tan ferviente entusiasmo profesaba el gran Emperador.

¿Cuál sería la fe de aquel Rey que, tantas veces y en ocasiones tan solemnes, proclamó: «que prefería no tener estados a tenerlos infectados por la herejía?». ¿Cuál sería el entusiasmo por la fe de Felipe II, que ponía por encima de todos sus títulos el de: «Espada de la Iglesia Católica», mereciendo por los grandes sacrificios que hizo para hacerse acreedor a este título gloriosísimo que el Papa Pío V le llamara: «Única columna y fundamento de la Religión?».

Y al compás del entusiasmo de los Soberanos por la fe, era el del pueblo español que tanto los amaba. Todos: guerreros, literatos, artistas, eminencias en todos los ramos del saber, marinos, conquistadores, eran ante todo creyentes; dispuestos, siempre, a dar hasta la última gota de su sangre por su Dios y por su patria.

Artículo V

LA PACIENCIA TODO LO ALCANZA.—PRIMERO
NOS ALCANZA LA GLORIA DEL CIELO

Hasta aquí hemos expuesto los bienes que alcanza en este mundo la virtud de la paciencia, estudiada en el sentido más amplio de la palabra, esto es: en la múltiple va-

riedad de actos que ejercita, por los cuales se la puede distinguir con los nombres de fortaleza, constancia, etc., etc.

Ahora hablaremos de la virtud de la paciencia, en su sentido más restringido, en orden a los bienes que nos alcanza para la vida eterna que son, indudablemente, los más dignos de aprecio.

Y decimos que el ejercicio de la paciencia nos alcanza, en primer lugar, la felicidad eterna. Jesucristo, a un joven que le preguntó: «Maestro, ¿qué he de hacer para salvarme?», le contestó: «Si quieres entrar en la vida eterna, observa los Mandamientos». Luego, está bien claro que la condición que impone el Amo del Cielo para abrirnos sus puertas, es la observancia de los Mandamientos de la Ley de Dios.

Ahora nos toca a nosotros demostrar cómo no es posible al hombre observar entera la Ley de Dios, sin el ejercicio de la virtud de la paciencia.

Comencemos por el primer Mandamiento. Dice: «Amarás a Dios sobre todas las cosas». Esto quiere decir que por nada de este mundo podemos ofender a Dios con una culpa grave; lo cual no cumpliremos, si no estamos habitualmente dispuestos a perderlo todo: bienes de fortuna, y aun la misma vida, antes que cometer un pecado mortal.

¿Te parece posible, cristiano lector, esa habitual disposición en una alma que no esté bien fundada en la virtud de la paciencia,

para que de ella reciba los alientos que necesita para tolerar las molestias de que muchas veces se le presentará erizado el cumplimiento de este precepto? Veamos esto más en particular recorriendo, ligeramente, los demás Mandamientos.

El segundo: «No jurar el Santo nombre de Dios en vano». Este precepto prohíbe los abusos de lengua ofensivos de la Divinidad; por tanto, los juramentos mal hechos, las blasfemias y las promesas y votos que envuelven algún desorden moral.

Prescindiendo de otras consideraciones, quiero que fijes la atención tan sólo en las dificultades que experimenta el iracundo en refrenar su lengua, siempre que es contrariado, aunque no sea más que por causas insignificantes. ¿De dónde salen las blasfemias, ordinariamente, sino de la falta de paciencia? Si el blasfemo se hiciera cargo de que no es posible vivir en este mundo sin contrariedades, y de que es necedad suma pensar en evitarlas, y que lo racional es cargarse de paciencia, único medio de que las inevitables cruces se nos hagan más llevaderas, quedaría exterminada de sobre la haz de la tierra la raza oprobiosa de los blasfemos, y el Cielo se poblaría de millones de almas, que la impaciencia precipita en las profundidades del abismo infernal.

¿Por qué los hombres profanan el día festivo, entregándose a trabajos prohibidos por el tercer Mandamiento, sino porque la codi-

cia les solicita a acrecentar sus caudales con un puñado de céntimos, lo cual, penetrando en el fondo de la cuestión, viene a reducirse a falta de paciencia para soportar las incomodidades que naturalmente trae consigo la privación de aquella suma de dinero, contra la voluntad de Dios adquirida? Y si muchos creyentes no cumplen la obra principal prescrita por la Iglesia, bajo culpa grave, para santificar el día festivo, es por no tomarse la molestia de madrugar un poco; o porque se les hace insoportable la media hora que han de permanecer en silencio en el templo, asistiendo al Santo Sacrificio de la Misa.

Sin el ejercicio de la virtud de la paciencia es imposible en los hijos la observancia del cuarto Mandamiento; porque el deber principal prescrito en el divino Precepto, es obedecer a sus padres, lo cual no podrán cumplir, en muchas ocasiones, sin contrariar sus propios gustos y deseos, porque así lo exigirá la voluntad paterna, y porque tendrán necesidad, otras veces, de soportar las impertinencias de los padres malhumorados, o porque están enfermos, o porque los hacen insoportables los achaques inherentes a la edad senil. Y con todo, el Mandamiento está bien claro y terminante. No dice: «Honrarás al padre y a la madre», si son bien acondicionados, sino que es absoluto, y, por tanto, obliga a los hijos, en todo caso, como no manden los padres cosa contra Dios.

¿Quién puebla las cárceles y los presidios

de desdichados; siembra el luto en el seno de las familias pacíficas; inunda las calles, las plazas y los campos de sangre inocente, sino los innumerables homicidios? Y, ¿de dónde salen los homicidios, sino de la pasión de la ira? Y, ¿de dónde salen los desbordamientos de la ira, con todo su cortejo de crímenes, sino de la falta de paciencia en tolerar las injurias del prójimo?

Mortificaos un poco en no permitir a la vista ciertas miradas; en privaros de ciertos espectáculos indecorosos; en no leer aquellos libros que chorrean sensualidad; en no poner los pies en aquel teatro, en aquel cine inverecundos; en alejaros de aquella ocasión tan peligrosa, y vuestra alma no estará en peligro inminente de condenarse, por pecados de impureza. ¡Ah! cuántos que eran creyentes en este mundo, son ahora unos desventurados en el otro, y lo serán por toda una eternidad, por haberles faltado paciencia para tener a raya las concupiscencias de la carne.

Al hombre que se conforma con la posición social en que se encuentra, acatando con humildad paciente las soberanas disposiciones de la Providencia, y no quiere para su casa más fortuna que la que entra en su seno por el santo cauce de la justicia, jamás le vendrá en pensamiento hacer cosa contra el séptimo Mandamiento; ni mentirá, ni murmurará, ni levantará falsos testimonios, como tiene prohibido el octavo Mandamiento, quien inspi-

rado en los altísimos móviles de la caridad divina, acude en demanda de auxilio a la virtud de la paciencia, para tener a raya la lengua, en cualquiera ocasión en que intente violar con sus desmanes el soberano Precepto.

También es necesario, para ir al Cielo, observar los preceptos de la Iglesia; ya porque a ella entregó Jesucristo las llaves para abrir y cerrar las puertas del reino celestial; ya porque la Iglesia católica, representa a Cristo en la Tierra, como consta de aquellas palabras evangélicas, según San Lucas: «El que a vosotros oye, a mí oye, y el que a vosotros desprecia, a mí desprecia».

Y, ya está dicho que por falta de paciencia muchos no cumplen el primero de oír misa, los días de precepto, ni el segundo y tercero; porque, o no tienen alientos para vencer el respeto humano que les hace considerar como un acto degradante arrodillarse a los pies del confesor para declararle los pecados; o porque no se sienten con ánimo para dominar las malas pasiones que, muchas veces, les han arrastrado a degradar su alma con culpas mortales.

¿Por qué no ayunan muchos en los días prescritos por la Iglesia, quebrantando el cuarto Mandamiento, sin causa racional que justifique su proceder tan poco cristiano, sino porque les falta un poco de paciencia para someterse a la molestia, que no es cosa del otro mundo, de tener a raya el apetito, tan grosero, de la gula?

Por donde se ve cuán llenas de sabiduría están aquellas palabras que, según el evangelista San Lucas, salieron un día de los labios de Jesucristo: «Con el ejercicio de la paciencia poseeréis vuestra alma»; o conforme a otra versión: «Salvaréis vuestras almas»; o aquellas otras de San Pablo a los hebreos: «Porque os es necesaria la paciencia»; como si dijera: «en este mundo no podemos vivir sin paciencia».

Artículo VI

LA PACIENCIA TODO LO ALCANZA.—SEGUNDO: NOS ALCANZA LA INMEDIATA POSESION DEL CIELO

Cuando el hombre peca contrae dos deudas ante la justicia divina: una de culpa y otra de pena. La deuda de culpa resulta de la injuria inferida a la Majestad infinita por el pecado, por la cual Dios queda enemigo del pecador, cuando la culpa es grave, y le cierra las puertas del Cielo: la deuda de pena consiste en el castigo que por la culpa merece el pecador, el cual castigo es eterno, cuando el pecado es mortal; de modo que si el alma saliera de este mundo después de la muerte, cargada con esta doble

deuda, no tendría más remedio que ir a pagarla en el infierno, por los siglos eternos.

Pero vamos a postrarnos a los pies de un representante de Dios, que se llama Confesor, y hacemos una buena confesión... Siempre se nos perdona la deuda de culpa, indefectiblemente, en este caso, y la deuda de pena, indefectiblemente también, se conmuta siempre de eterna en temporal; de modo que el alma bien confesada tiene la seguridad de que está en estado de gracia, y de que si sale de este mundo en ese estado, un día llegará a la posesión de la gloria del Cielo. ¿Cuándo llegará?

La buena confesión puede borrar no sólo la deuda de culpa sino también la de pena, enteramente, dejando al alma en disposición de volar al Cielo derechamente sin pasar por el purgatorio; pero las confesiones dotadas de tan maravillosa eficacia son muy raras, siendo lo ordinario que quede en el alma, aun después de haberse confesado bien, algún reato de pena que expiar.

Este reato de pena puede expiarse en este mundo, o en el otro. El lugar destinado por Dios en el otro mundo para satisfacer a su justicia las deudas de pena temporal, se llama purgatorio. Muy mal nos irá reservar para la otra vida la satisfacción de la pena debida por nuestros pecados, porque la mano justiciera de Dios gravita con mucho rigor sobre los pobres cautivos del purgatorio. Nos interesa por tanto, sobre manera, expiar en

este mundo nuestras miserias y fragilidades.

En este mundo purificamos nuestra alma de todo reato de pena con obras llamadas satisfactorias, que pueden reducirse a las siguientes clases: misas, comuniones, limosnas, indulgencias, confesiones hechas con intenso dolor, penitencias y por medio del ejercicio de la paciencia, sobre la cual vamos a llamar especialmente la atención, porque es el punto que nos hemos propuesto tratar.

Es, indudablemente, un rasgo hermosísimo del amor que Dios nos tiene, el que se haya dignado aceptar los actos de paciencia que en éste mundo practicamos, en descuento de las deudas de pena que por nuestros pecados hemos contraído; porque como la paciencia consiste en sufrir con igualdad de ánimo las contrariedades de la vida, es claro que, desde que nos levantamos por la mañana hasta que nos acostamos por la noche, podemos vivir en un continuado ejercicio de purificación de nuestras culpas; porque, ¿quién hay en este mundo que no tenga que hacer frente a las contrariedades, ya sea rico o pobre, ya esté encumbrado en los altos puestos sociales, o hundido en lo más profundo del desprecio; ya goce de salud robusta, o yazca postrado en el lecho, víctima de penosa enfermedad?

Y, no obstante, ¡oh amor infinito!... ¡oh bondad inmensa!... esas penalidades que constituyen nuestro pan de cada día en este valle de lágrimas; que son comunes a bue-

nos y malos, a justos y pecadores, tienen para el justo un aspecto soberanamente consolador; pues sabe el justo—que vive de fe—que llevadas estas penalidades, con recta intención y resignación santa, le purificarán tan perfectamente el alma en esta vida, que ya no habrá para ella purgatorio en la otra.

Y para que tengamos en la estima que se merece el ejercicio de la paciencia, y nos animemos a practicarla, mucho servirá la observación que vamos a hacer, sólidamente fundada.

Somos, por naturaleza, tan impresionables que sólo el nombre de penitencia nos hace temblar las carnes. Nos ponen los cabellos de punta los horrores que ejecutaron en sus miembros los moradores de los desiertos; el estridente crujir de los azotes con que el cartujo y el trapense maceran sus carnes, por otra parte ya extenuadísimas por los rigores del ayuno, nos parecen ejercicios penales propios de seres excepcionales, en quienes Dios quiere lucir los tesoros de su poder infinito; porque ¿cómo pensar en llevar una vida de perpetuo ayuno yo que no me siento con alientos para llevar la carguita del ayuno cuaresmal?...

Pues, oye, mi cobardito lector, y ánimate... has de saber que si llevas en paciencia las cruces que el Señor te envía, cualesquiera que ellas sean, pesadas o ligeras, ora sean las que impone el cumplimiento de tus sagrados deberes; ora las que añade por su

cuenta la soberana Providencia, envueltas en los hacecillos mirrados de enfermedades, reveses de fortuna, falsos testimonios, que entre sus alas de dragón infernal arrastran por el lodazal el limpio espejo de tu immaculada fama... si llevas todo eso, digo, sin proferir una palabra de queja besando en todo ello, con rendido acatamiento, la mano del Padre celestial que te lo envía, porque te ama mucho; serás tan grato, acaso, a los ojos de Dios, como los moradores del desierto con sus espeluznantes austeridades.

Porque, apenas se concibe que el verdadero paciente que en las tribulaciones que sufre bendice la soberana mano que se las envía, no sólo pueda caer en pecado, sino que de las tribulaciones, pacientemente sufridas, no saque grandes acrecentamientos de santidad, ya que la paciencia de buena ley figura entre las virtudes cristianas más macizas, pues su ejercicio excluye necesariamente toda intervención de la propia voluntad, teniendo como tiene por base la conformidad con la voluntad divina en sobrellevar con igualdad de ánimo las contrariedades de la vida, convirtiéndose en este caso el ejercicio de la paciencia en un crisol divino, en que se purifica el alma del atribulado, y en manantial de merecimientos, por los cuales recibirá en la vida eterna nuevos grados de gloria, como vamos a ver en el artículo que sigue.

Artículo VII

LA PACIENCIA TODO LO ALCANZA.—TERCERO: NOS ALCANZA AUMENTO DE GLORIA EN EL CIELO.—¿EN QUE CONSISTE LA GLORIA DEL CIELO?

Considerada nada más que desde este punto de vista la virtud de la paciencia, debería excitar en nuestra voluntad un deseo ardentísimo, una codicia insaciable de aprovechar todas las ocasiones, y aun buscarlas con afán, de ejercitar actos de una virtud que es manantial fecundo de gloria celeste.

¿Qué es la gloria del Cielo?... ¿Cuánto vale un grado de gloria? y su duración eterna, ¿cuánto vale? Sólo a la luz de estos conceptos, hondamente penetrados, sería posible aquilatar el valor de un acto de paciencia, al cual corresponde un grado de gloria en el Cielo. Vamos a decir algo de lo mucho bueno que escribe Nieremberg, en su «Diferencia entre lo temporal y eterno», sobre este particular.

«La grandeza de la gloria es tanta, dice San Agustín, que si fuera necesario padecer cada día tormentos; si fuera menester estar cada día en el mismo infierno, largo tiempo, para que pudiéramos ver a Cristo en su glo-

ria, todo lo deberíamos padecer, de buen grado, para ser participantes de tan grande bien».

Según San Jerónimo: «Es maravilla que las piedras no se conviertan en rosas, debajo de los pies de los que se han de condenar—tanto han de padecer en el infierno, que bien merecen este pequeño refrigerio acá en la tierra—y en espinas para los que se han de salvar, porque será tan inmenso el gozo que tendrán en el Cielo, que fuera insignificante este tormento para merecerlo».

«Mejor es un día en tus atrios que mil». Estas palabras del Real Profeta comenta así San Agustín: «Es tan grande la hermosura de la justicia y dulzura de la luz eterna que, por gozarla un día, se pueden despreciar innumerables años de esta vida, aunque fuesen llenos de regalos y abundantes de bienes temporales».

«Si todos los ríos fueran de bálsamo, y los montes y peñas fueran piedras preciosas y diamantes, no serían comparables con los bienes reservados a los justos». Esto dijo una voz del Cielo a San Francisco de Asís, aquejado de dolorosa enfermedad.

«Campos llenos de flores y plantas de rara hermosura, cargadas de frutas no vistas. Las hojas de los árboles, movidas blandamente de una marea delicada, hacían dulce son, y respiraban suavísimo olor. Corrían arroyos de agua cristalina que daban extraordinario agrado a la vista. De aquí entró en una gran

ciudad hermosísima; sus muros eran de oro transparente; sus torres y almenas de piedras, nunca vistas en valor y lustre; sus calles y plazas llenas de arroyos de luz. Andaban por sus calles y plazas lucidos ejércitos de Angeles y Serafines, entonando canciones, cuales nunca oyeron oídos mortales. Entre ellas, oyó una voz que dijo: «Este es el reposo de los justos: éste es el gozo de los que dieron buena cuenta a Dios de su vida». Visión de San Josafat, referida por San Juan Damasceno.

«Yo ví, dice San Juan, en el Apocalipsis, la ciudad Santa de Jesuralén, la cual estaba cercada por un muro inmenso y sublime, levantado sobre doce fundamentos, y cada fundamento era un tendido de piedras preciosas, con doce puertas soberanas: tres al oriente, tres al septentrión; tres al mediodía y tres al ocaso; y cada puerta era una margarita maciza de incomparable precio y hermosura. Y toda la ciudad era de oro puro, transparente como el cristal limpio.

»No había templo en la ciudad, porque el Señor Dios omnipotente era su templo. Tampoco había sol, ni luna, porque la inmensa claridad de Dios lo iluminaba todo.

»Vi a un pueblo inmenso que habitaba en esta ciudad, formado de gentes de toda tribu y nación y lengua, que no hay matemático en el mundo capaz de contarlos; y todos ellos son ciudadanos nobilísimos por su saber, por su virtud y por las condiciones de su

amabilísimo carácter. Los moradores de esta ciudad esplendente ni lloran, ni gimen, ni sienten dolor alguno porque todas estas miserias, propias de este valle de lágrimas, están perpetuamente desterradas de aquella mansión de felicidad».

San Pablo fué arrebatado al tercer Cielo, y paseó por singular favor de Dios por aquel teatro de soberanas magnificencias; y al volver de su misterioso viaje, tomó la pluma para describir las extrañas impresiones que embargaban su alma; y he aquí todo lo que acertó a decir la elocuentísima, la incomparable pluma del más elocuente de los Apóstoles: «Lo que mi ojo vió jamás lo ha visto ojo humano; lo que mi oído oyó, jamás lo ha oído oído humano; ni el gozo que experimenté, cabe en pecho de mortal». Pocas palabras pero maravillosas, porque al través de los pensamientos que encierran, se vislumbra algo de aquella inmensa gloria, que hinche mi alma de supremas esperanzas.

Y es que los moradores del Cielo ven a Dios cara a cara, como es en sí, con todas sus infinitas perfecciones, y con todas las perfecciones derramadas por las criaturas que están en El contenidas con eminencia; y nosotros, por tanto, cuando vayamos a aquella patria feliz, en Dios veremos un teatro de grandezas en que resplandecen, realizadas a un grado infinito de esplendor, todas las de las criaturas juntas. En El, se hallan los fulgores del sol, el brillo de las estrellas, la

imponente majestad del firmamento, la blancura de la luna, la frescura de las fuentes, la galanura de los valles, lo precioso del oro, la amenidad de los prados, lo vistoso de las flores, lo sabroso de la miel, lo deleitable de la música, la sabiduría de los sabios, el valor de los guerreros, las virtudes de los Santos y cuanto hay que admirar y gozar.

El bienaventurado, en el Cielo, estará como rodeado de un mar de innumerables deleites, que le henchirán todas sus potencias y sentidos, no de otra manera que si una esponja que tuviese tantos sentidos del gusto como ojuelos y poros tiene, la metiesen en un mar le leche y miel, gozando con mil bocas toda aquella suavidad y dulzura.

Dios es, para el bienaventurado, un mar de leche y un piélago todo de miel, un abismo de dulzura y un océano de gozos inefables. ¿Quién no se alegrará de la esperanza de gozar un día, que no ha de tener fin, de tan grandes bienes que Dios nos ha prometido? Regocijémonos, que el Cielo se hizo para nosotros; y la esperanza de tan inefables gozos ahogue en nuestro corazón todo pesar. Cuando el abad Apolo veía a alguno de sus monjes triste, le reprendía diciendo: «Hermano mío, ¿cómo estáis triste, teniendo la esperanza de ir al Cielo?»

Agréguese a eso que los bienes que gozan los Santos en el Cielo, son eternos; de modo que tienen la seguridad de que nunca les han de faltar, lo cual los hace infinitamente

más estimables. ¡He de ser feliz... y, por toda la eternidad!...

Un bien, cuanto más dura, es más estimable. El contento de un día no se estima tanto como el de una semana; mucho más se estima el que dura un mes... y si durare un año... mil años... cien mil años, más incomparablemente... y el que nosotros gozaremos en el Cielo, durará... eternamente!!!

Si hubiese uno de tener todos los tesoros de la tierra y todos los gustos de los sentidos, por cien millones de años, y al cabo de los cien millones, hubiesen de tener fin, no sería tan feliz como el otro que tuviese una mínima parte de aquellos gustos, pero para gozarlos eternamente.

No hay comparación del tiempo a la eternidad. Todo lo temporal, por grande que sea, se ha de estimar bajamente; todo lo eterno, por pequeño que sea, se ha de estimar muy subidamente.

Pues bien; ese Cielo maravilloso... esa patria feliz, tan divina... esos bienes innumerables... infinitos... eternos... los hemos de conquistar acá en este mundo, mientras vivimos, mediante el ejercicio de la paciencia en practicar las obras buenas que Dios tiene mandadas, y en evitar las prohibidas, cueste lo que cueste, y en soportar todos los trabajos con que se sirva amargar los días de nuestra vida. ¡Ah! si lo entendiésemos bien... ¡ah! si considerásemos las cosas con el prisma de la fe... no sólo llevaríamos en pa-

ciencia las penas de esta vida, sino que las desearíamos, con ferviente anhelo, y solícitos buscaríamos ocasiones de sufrir algo por Dios, sabiendo que a cada acto de paciencia corresponderá en el Cielo un grado de gloria; como el avaro comerciante desea y busca ocasiones de sufrir rudas penalidades que le han de valer grandes acrecentamientos en sus caudales. En el Cielo viviremos de la renta que nos producirá el capital de merecimientos que allá llevemos, y este capital será a proporción de los actos de paciencia que hubiéremos ejecutado en la práctica del bien, durante nuestra carrera mortal.

Así se comprende aquello que dijo Santa Teresa a una amiga suya, a quien se apareció después de muerta: «Mira, querida mía, le dijo, los Santos en el Cielo no podemos tener pesar de nada, porque el pesar es, bajo cierto aspecto, un mal, y todo mal está desterrado de aquella patria feliz; mas si pesar cupiere allá arriba, sólo lo tendríamos de no haber tenido más ocasiones, mientras vivimos en este mundo, de padecer».

Da por tanto por perdido el día en que no has sufrido algo por Dios, y repite con alma grande aquellas palabras de la Santa gloriosa:

O padecer o morir.



CAPÍTULO VI

QUIEN A DIOS TIENE-NADA LE FALTA

Artículo I

DIOS : SU NATURALEZA.—SUS PERFECCIONES INFINITAS.—SU HERMOSURA

Este pensamiento es, a todas luces, el más trascendental de la letrilla. Supone una verdad y afirma otra; y tanto la verdad que supone como la que afirma son altísimas y en extremo consoladoras. Quisiéramos hacerlas resaltar, en todo su esplendor, mas ni a la pluma de los Querubines, que son las supremas Inteligencias entre las jerarquías celestiales, fuera posible. Supone que está en la mano de cualquier hombre poseer a Dios, y afirma que el hombre con la posesión de Dios es *feliz*, porque *nada le falta*; de donde se concluye que está en nuestra ma-

no conquistar el tesoro de la felicidad. Vamos a demostrarlo.

Dios...! ¿Qué palabra han pronunciado los labios humanos, ni más sublime, ni más inefable, ni más consoladora?

Al pronunciarla los labios, el espíritu se estremece de asombro porque, al sonido de la palabra Dios, se le presenta un mundo de misteriosos ideales, a través de los cuales lánzase la inteligencia sobrecogida de un santo terror, envuelta como en pavorosa niebla, anhelosa de penetrar en las soberanas regiones en que tiene levantado su trono la tremenda Majestad del Sér incomprensible; pero, ¡ay! después de mucho remontar el vuelo, se queda desfallecida... a infinita distancia.

Nieremberg en su tratado de «La hermosura de Dios» comienza así su libro de incomparable belleza.

«Humillado el corazón... atónita el alma... y estremeciéndose la mano de pavor y reverencia, tomo la pluma para tratar del infinito Sér, soberana hermosura y tremenda Majestad de Dios; argumento tan incomprensible que faltan palabras a la lengua para los sentimientos del alma, y faltan sentimientos al alma para la substancia de la verdad.

»Aquel inmenso piélago de esencia... aquel profundo abismo de bondad... aquel golfo de infinidad... aquel mar de perfecciones... aquella profundidad de bienes está tan lejos de

explicarse con vocablos, que ni los conceptos pueden llegar a conocerle: sólo puede nuestro entendimiento admirarle, pero no comprenderle. Así como los ojos no pueden detenerse en mirar al sol sin cegarse, por lo cual le es su claridad incomprendible, con infinitas más ventajas excede la luz divina a la vista de nuestra alma...

»Aristóteles dijo que nunca habíamos de estar con más empacho y vergüenza que cuando hablamos de Dios; pues del que es inmenso no podemos decir cosa grande, ni del incomprendible sentirla: todo es pequeño; todo nada para su infinitad...

»Es tan inexplicable el sér y la perfección divina, que al mismo Dios, que sólo se comprende, parece le faltaron palabras para declararse; y aunque no le falte concepto de sí, no halló vocablos con que pudiéramos hacerle de su grandeza.

»Cuando quiso declarar a Moisés quién era no acabó la sentencia, sino dejando la oración suspensa, dijo solamente: «Yo soy el que soy», sin acabar de decir quién era; pues, no hay renombres que lo puedan significar; porque, ¿cómo puede la palabra declarar al que es más que todas las cosas? Por cierto, ni todas las palabras, ni todas las lenguas del mundo, explicarán, al que es sobre todo el mundo.

»Y así, con mucha razón, calla el Señor, al decir lo que es, porque es lo bueno de todo y sobre todas las cosas buenas: porque

Dios es la flor de la hermosura ; lo puro de la luz ; lo suave de la bondad ; lo sumo de la altura ; lo gracioso de la liberalidad ; lo acertado de la sabiduría ; lo dulce de la afabilidad ; lo poderoso de la fortaleza ; lo claro del resplandor.

»Y aunque es todo lo bueno que existe y que imaginarse puede, no se dice nada de lo que es, porque está a infinita distancia de todo lo bueno, como advierte S. Dionisio : está a infinita distancia de la beldad de toda hermosura ; de lo cuerdo de la sabiduría ; de la eficacia de todo poder ; de la dulcedumbre de toda suavidad, y es sobre todo concepto, sobre todo sentido y conocimiento ».

Y en otra parte dice «Es tanta la hermosura de Dios, origen y forma de las demás hermosuras y lindezas, que en su comparación toda la hermosura junta de cuanto hermoso hay en las criaturas, o puede haber, es un carbón. Y aunque todas las criaturas posibles fuesen más hermosas, cada una, que mil soles, y los átomos del aire y arenitas del mar se convirtiesen en bellísimos Serafines, y la hermosura de todas juntas se amontonase en uno, fuera todo gran tosquedad, respecto de sólo la belleza divina, porque es la hermosura de Dios total y substancial ; no como los cuerpos hermosos que, ni son entera, ni substancialmente hermosos ; pues, no lo son sino por la superficie exterior, y un poco que les quitasen de ella, con un leve rasguño o una arruga, bastaría para afearlos.

»Mas Dios todo es hermoso; por todas partes perfectísimo; de donde quiere agrada; echa rayos de hermosura y derrama suavidades y gracias y lindezas, con tal exceso, que una vez que se viese, era imposible dejar de enamorarse de El, y amarle sobre la vida y el alma.

» ¡Oh Dios hermosísimo! Fuente de toda belleza; original de toda hermosura; ejemplar de toda lindeza; prototipo de toda perfección; raíz de toda bondad; regla de todo orden; imán de todo amor. ¿Cómo no nos aficiona vuestra hermosura, pues es la flor y lo puro de todo lo hermoso? Porque si la hermosura criada se ama y admira, por ser una sombra de la vuestra; ¿cómo no amaremos a la luz, a la substancia, a la verdad de la hermosura?

»Poco es mi entendimiento para admiraros; poco mi corazón para amaros; quisiera que todos los cabellos de la cabeza, los miembros de mi cuerpo y los poros de cada artejo se me convirtieran en corazones, y cada corazón en un coro de Serafines para amaros con todos; y tener otros tantos entendimientos de Querubines para admiraros con ellos, y reverenciaros, si no como merecéis, por lo menos algo de lo que esta vuestra criatura desea.»

Baruch, hablando de Dios dice: «Grande es, y no tiene fin; excelso e inmenso», porque es infinito, y carecen de término sus infinitas perfecciones». Y David: «Grande es

el Señor, y digno de ser alabado sobre manera, y no hay fin de su grandeza»; por lo cual llamaban los filósofos antiguos a Dios «Lo Universo». San Anselmo dice: «Cosa clara es, que cualquier bien que sea la suma naturaleza de Dios, aquello es en sumo grado». «Es, pues, la suma esencia y la suma vida, la suma razón, la suma salud, la suma justicia, la suma sabiduría, la suma verdad, la suma bondad, la suma grandeza, la suma hermosura, la suma inmortalidad, la suma incorrupción, la suma inmutabilidad, la suma bienaventuranza, la suma eternidad, el sumo poder y la suma unidad.

»Agradabilísimo teatro fuera aquel en que se viese lo sumo a que puede llegar la claridad del diamante, el centellear del carbunco, el verdor de la esmeralda, lo azul de la turquesa, lo colorado del rubí, la riqueza de la perla, la variedad del ágata, el resplandor del oro, lo suave del jacinto. ¡Cuánto recreara los ojos un patio empedrado de todas las piedras preciosas, con la suma perfección de su naturaleza! ¡Qué prodigio de maravilla fuera, si viésemos una flor que siendo una, tuviese la vista y suavidad de cuantas rosas y flores hay: de la azucena, del lirio, del junquillo, del clavel, de la rosa, del jazmín, de la violeta...! ¡Rara maravilla que siendo una, fuese todas! Sin duda que agradara más que todas, porque siendo una se hallaría en ella sola lo que se esparce en todas.

»Oh cuán vistosa y hermosa será la natu-

raleza divina que, siendo simplicísima, es todas las hermosuras y perfecciones de todas las cosas.

»Y así, por más que tire la cuerda nuestro entendimiento; por más que finja altezas de perfecciones posibles; por más que forme montes de excelencias, y amontone hermosuras; sobre todas está la Hermosura divina, y dista siempre del entendimiento humano un espacio inmenso, subiendo siempre nuevas grandezas, levantándose, y como huyendo de nuestro concepto.

»Los dos Gregorios, el Niseno y el Magno dicen que Dios se esconde y huye de los que le contemplan, porque cuanto más se llegan a Dios y más alto suben en su contemplación, más alto y sublime se le hace Dios.

»Definiendo San Anselmo la naturaleza divina, dice que Dios es una cosa tal que no puede pensarse mayor; porque por mucho que pensasen los más encumbrados entendimientos de los Querubines, no podrían llegar a formar concepto de tan perfecto Sér, el cual no sólo tiene los atributos y perfecciones infinitas que le atribuimos, sino otras infinitas perfecciones, de las cuales, ni sus nombres conocemos.

»De ser Dios, en todo perfectísimo, se sigue la diferencia inmensa que hay entre Dios y las criaturas; porque las perfecciones de Dios son absolutamente perfectas, sin relación a alguna imperfección; las perfecciones de las criaturas siempre importan rela-

ción a alguna imperfección, para remedio de la cual ha dado Dios a las criaturas las perfecciones que tienen. Los cuadrúpedos tienen pies, porque no están en todo lugar; las aves tienen alas porque no tuvieran, de otro modo seguridad; los hombres tienen manos, porque no pueden obrar con sola la voluntad; y discurso, porque no se queden ignorantes; los Angeles tienen movimiento, porque no pueden estar al mismo tiempo en todas partes.

»Pero en Dios nada hay de eso, porque carece de toda imperfección, por ser la perfección absoluta: ni tiene pies, ni manos, ni aumento, ni trabajo de discurso, ni mudanza de movimiento, porque es inmenso, impasible, inmutable, inmortal, eterno, omnipotente, sapientísimo, y es cuanto es mejor que sea que no sea. Bueno es en el hombre que tenga manos, pero mejor fuera que sin trabajo de manos obrara cuanto quisiera, con sola su voluntad: bueno es que tenga discurso, pero fuera mejor que lo supiera todo, de una vez. Pues todo eso qué es mejor, es Dios: todo lo que es mayor, es Dios; y Dios es lo mejor y lo mayor que se puede pensar.

»No debe, por tanto, haber trabajo que se nos haga difícil, por llegar a ver y gozar de ese Sér tan maravillosamente perfecto y hermoso, que se llama Dios».

Artículo II

COMO POSEEN A DIOS LOS SANTOS EN EL CIELO.—COMO CON LA POSESION DE DIOS,
«NADA LES FALTA»

No hay que decir que el soberano pensamiento teresiano—«*Quien a Dios tiene—Nada le falta*»—es la expresión más exacta y compendiada de la vida bienaventurada de los Santos en el Cielo. ¿En qué consiste esta vida bienaventurada?

Los teólogos escolásticos dicen que «es un bien sumo, cuya posesión llena por completo y satisface los racionales apetitos del alma».

Este bien sumo es Dios, objeto esencial y primario de la bienaventuranza objetiva de los Santos, los cuales están unidos a El por medio de las tres operaciones más nobles de su espíritu, que son: la visión intelectual, el amor y el gozo. De modo que los moradores del Cielo son felices gozando de Dios por el conocimiento y amor que les une a su Dios.

El conocimiento que de Dios tienen, es intuitivo, no discursivo; esto es, directo e inmediato, y este conocimiento levanta en su voluntad una llama intensísima de amor, que los tiene como sumergidos en un mar de de-

leites: «*Et torrente voluptatis tuae potabis eos*», como dice el Salmista.

Que los Santos vean a Dios cara a cara, directa e inmediatamente, es una verdad indiscutible enseñada por el Apóstol San Pablo: «*Videmus nunc per speculum in enigmate; tunc autem facie ad faciem*»; y por San Juan... «*Quoniam videbimus eum (Deum) sicuti est*», y elevada a la categoría de artículo de fe por el Concilio florentino—*In Decreto unionis*,—donde dice: «Que las almas que salen de este mundo limpias de toda mancha, son inmediatamente recibidas en el Cielo, donde ven, claramente, al mismo Dios trino y uno, como es en sí».

Esta visión o conocimiento claro de las perfecciones divinas produce en el alma, que las contempla, un encendimiento de amor tan intenso, que absorbe con una fuerza maravillosa, indeclinable, todos los demás afectos y energías del bienaventurado, el cual queda sin voluntad para amar otra cosa que aquel Bien Sumo, en el cual están contenidos todos los demás bienes, por modo eminente, que el apetito racional puede desear. Hermosura, sabiduría, poder, afabilidad, justicia, generosidad, resplandor, dulzura; todas, todas las perfecciones cuya contemplación y goce en este mundo tan feliz hacen a nuestro corazón, están en aquel Bien Sumo contenidas, como en maravilloso teatro de soberanas magnificencias, infinitamente realizadas.

Y como el amor es en los seres inteligentes la fuente copiosa de donde brotan los raudales de deleite que inundan de dicha su corazón, conjetura si puedes, amable lector, las oleadas de deleite que brotarán de aquel incendio de amor divino, eternamente alimentado y cebado por el cúmulo infinito de infinitas perfecciones que resplandecen en el Sér infinito. Con este conocimiento, con este amor y con este deleite, ¿qué puede faltar a los Santos?

No puedo resistir al deseo de hacerte saborear un capítulo de San Anselmo, digno, a la verdad, de su soberana pluma.

Artículo III

LA FELICIDAD DEL CIELO DESCRITA POR SAN ANSELMO

«El que gozare de Dios, ¿qué cosas gozará más?; ¿qué es lo que no gozará? Allí estarán los bienes de cuerpo y alma, cuales ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni el corazón pensó jamás. Pues, hombre apocado, ¿para qué andas vagueando buscando los bienes de cuerpo y alma? Sálvate, y en el Cielo lo hallarás todo cumplidamente.

»Ama aquel bien, en quien están todos los

bienes, y esto te basta. Desea aquel bien único que es todo bien, y esto te sobra. ¿Qué amas, cuerpo mío? ¿qué deseas, alma mía? Allí está... allí está cuanto amáis y deseáis. Si os deleita la hermosura, allí resplandecerán los justos más que el sol. Si la ligereza, la fortaleza, serán en ligereza y fortaleza semejantes a los Angeles de Dios; porque si se siembra en cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual en la potestad, no en la naturaleza. Si larga vida y con salud; allí está una eternidad de salud y una salud eterna; porque los justos vivirán, perpetuamente, y la salud de los justos es el Señor. Si abundancia y hartura; serán hartos, cuando se descubra la gloria de Dios. Si melodía; allí los Angeles cantarán a Dios eternamente. Si deleites puros; del raudal de tu deleite les darás a beber. Si ciencia y saber; se les mostrará la misma sabiduría de Dios. Si amistad; el Sér infinitamente amable será su amigo invariable, y todos los moradores del Paraíso, de nobilísima condición, serán sus perpetuos amigos. Si concordia; todos tendrán una voluntad, porque todas las voluntades de los Santos están identificadas con la divina. Si poderío; serán omnipotentes por gracia, al modo que Dios lo es por naturaleza; porque así como puede Dios cuanto quiere, por sí mismo, así podrán ellos cuanto quieran, por la voluntad de Dios. Si honras y riquezas; Dios constituirá a sus siervos fieles y buenos sobre grandes cosas,

y se llamarán hijos de Dios, y aun dioses; y donde estuviere su Hijo natural estarán ellos, y serán herederos de Dios y partícipes con Cristo de su herencia. Si verdadera seguridad, estarán tan ciertos que nunca les ha de faltar tanto bien, como están ciertos que nunca le han de perder por su voluntad; ni que Dios, que tanto los ama, les ha de privar de él, por los siglos eternos.

» ¡Cuán gran gozo habrá donde hay tanto bien! ¡Oh corazón humano, y cuánto te holgarías, si abundaras en todas estas cosas en este mundo! Pregunta a tus mismas entrañas si podrán abarcar tan gran gozo de su bienaventuranza, en el otro.

»Y, ¡qué todo lo dicho no sea encarecimiento, sino muy inferior a la verdad!!!»

Artículo IV

COMO PUEDE EL HOMBRE POSEER A DIOS
EN ESTE MUNDO POR EL DISCURSO DE LA
RAZON

Santa Teresa supone en la letrilla que el hombre puede en esta vida tener, o poseer a Dios, y aun es evidente que el pensamiento teresiano incluido en el «Quien a Dios tiene - Nada le falta» se refiere, principal-

mente, no al hombre constituido ya en la patria feliz, sino en este destierro.

Y el sér racional, en este destierro constituido, puede, también, poseer a Dios mediante las tres operaciones espirituales con que lo posee el Santo en el Cielo, aunque de muy diferente modo.

En el Cielo lo conocen los Santos, directa e inmediatamente por intuición, sin la fatiga del discurso,—*facie ad faciem*;—el justo lo conoce en este mundo mediante la contemplación de las maravillas que resplandecen en el universo, lanzadas a través del espacio por su diestra omnipotente, como el observador analizando las maravillas de arte que brillan en el reloj que tiene delante, viene en conocimiento de que existe, o ha existido un sér inteligente llamado relojero, autor de la obra que arrebató su admiración, guiado en su discurso por aquel principio metafísico, «Todo efecto reclama la existencia de una causa proporcionada» el cual principio aplicado, en nuestro caso, al conocimiento de Dios, hallamos expresado con profunda concisión en aquellas palabras del Apóstol: «En este mundo el sér inteligente se eleva al conocimiento de las perfecciones invisibles de Dios por la contemplación de las maravillas que resplandecen en la creación.»

Vuelve la vista por doquiera, y en todas partes descubrirás la huella de alguna de las perfecciones infinitas de la Divinidad; ora su poder en las grandiosas obras de la

creación; ora su soberana inteligencia en el orden magnífico que regula el movimiento de los astros; ora su amorosa providencia en los fines que a cada uno de los seres ha señalado, para servicio y utilidad del Rey de la creación.

Baja esos ojos, y recorre con la mirada atenta este globo que sostiene tu cuerpo. Es el pavimento del inmenso palacio fabricado para morada del hombre. ¡Qué mole tan asombrosa! Es un globo achatado por los polos, de diez y seis millones quinientas mil leguas cuadradas. En 24 horas da la vuelta alrededor de su eje, y en poco más de 365 días da una vuelta alrededor del sol. Su movimiento es de una rapidez tan vertiginosa, que recorre 29,8 kilómetros por segundo en el ecuador; y con todo no vuelca las aguas del mar, que ocupan casi sus tres cuartas partes, sobre los continentes, en alguno de sus formidables sacudimientos.

Mira esa tierra con sus arrogantes cordilleras y ríos caudalosos y fuentes manantiales, con sus tres reinos: mineral, vegetal y animal, que sirven como de base al trono que ocupa el Rey de la creación, con sus maravillas de cristalización en los minerales, y de sapientísimo orden en la proporción y disposición de las partes que constituyen el organismo de los vegetales y animales; todo con sujeción a leyes y finalidades, ingeniosísimamente determinadas y combinadas.

¿Quién pudo ser el autor de una mole tan

grandiosa, con ese conjunto de maravillas íntimamente encadenadas en orden a la consecución de fines altísimos, sino un Sér omnipotente, una inteligencia infinita y una bondad inmensa, que se llama Dios?

Y, crece el asombro cuando la inteligencia se remonta al mundo de los astros, y contempla ese sol, un millón trescientas mil veces mayor que la tierra; hoguera inmensa, que después de millares de siglos que arroja, constantemente, enormes cantidades de calor, no ha sufrido mengua en los depósitos de carbón que lo sustenta; y navegando, en las noches serenas, al través de la bóveda celeste, se extasía ante los globos gigantescos que llegan a nuestra vista en forma de puntitos de plata pero que, en realidad, son muchos de ellos millones de veces mayores que el sol moviéndose por el espacio acompasadamente en órbitas inmensas y en número tan asombroso que el astrónomo, ni con el auxilio de los poderosos telescopios, ni siquiera con el auxilio de las matemáticas se ha atrevido a apreciar su número, quedando siempre en pie el desafío a que fué provocado Abraham por una voz misteriosa del Cielo: «*Suscipe coelum, et numera stellas, si potes*»: levanta los ojos al Cielo, y cuenta las estrellas, si te atreves.

Por eso el ilustre orador romano, aun en medio de las tinieblas del paganismo que envolvían su espíritu, sentíase tan avasallado por la admiración, cuando paseaba la mirada

al través del espacio iluminado por esas antorchas inmortales, que exclamaba: «¿Quién será tan estúpido que al levantar los ojos al Cielo, no proclame la existencia de Dios?»?

Y los sabios más distinguidos del Cristianismo, que con su privilegiado ingenio navegaron por el piélago de grandezas derramadas por el espacio, experimentaban sublimes transportes de enajenación, en presencia de la majestad infinita que paseaba en esas soberanas carrozas de luz que, con imponente solemnidad, desfilaron ante sus ojos asombrados.

Newton, el inmortal inventor de la ley de la gravitación universal, en su correspondencia con el Doctor Bentley escribe: «No lo dudéis, es absurdo suponer que la necesidad rige el Universo, porque una necesidad ciega, siendo la misma en todas partes, no podría producir en las cosas la variedad que nosotros admiramos... La astronomía encuentra en todas partes el límite de las causas físicas, y, por consiguiente, la huella de la acción de Dios... Es cierto que el movimiento actual de los planetas no pudo proceder de la simple fuerza de la gravitación. Para que emprendiesen su movimiento de rotación, alrededor del sol, fué menester que un brazo divino los lanzase por la tangente de sus órbitas»...

Y Kepler, cuando después de 17 años de investigaciones hubo descubierto y comprobado las tres leyes que dejó formuladas, es-

cribió las siguientes palabras, al fin de su obra de astronomía: «Te doy gracias, Criador y Señor, por todas las complacencias que he experimentado en los éxtasis producidos por la contemplación de tus obras».

Ya ves, pues, cómo la mente humana se levanta al conocimiento de Dios por la contemplación de las maravillas de que está cuajado el cuadro de la creación, sólo con el auxilio de las alas naturales que le presta el discurso de la razón. En el artículo siguiente hablaremos de otro modo de conocer a Dios, sobrenatural, incomparablemente más perfecto que el primero.

Artículo V

COMO LOS JUSTOS POSEEN A DIOS POR EL CONOCIMIENTO SOBRENATURAL DE LA FE EN ESTA VIDA

La razón, por sí, con solas las fuerzas naturales que de su Criador ha recibido, puede, a través de las maravillas que contempla en este mundo, venir en conocimiento de la existencia de un Sér Supremo, que a nadie debe su existencia, siendo El criador de todo; y aun puede rastrear, con su natural discurso, algunas de las infinitas perfecciones que adornan a la Divinidad. La

existencia de Dios aparece a los ojos de la razón con la luz clarísima de la evidencia; no así muchas de las perfecciones del Sér infinito, que sólo se presentan entre penumbras.

Y como era conveniente que algunas de las perfecciones de Dios, sobre todo su Bondad infinita, apareciesen radiantes de luz a los ojos de los hombres, si éstos habían de animarse a cumplir la ley del amor divino, con la perfección que está prescrita en el primer Mandamiento, que dice: «Amarás a tu Dios y Señor con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas», proveyó Dios a la inteligencia humana de una luz muy superior a la natural, que se llama luz de la fe, cuya antorcha divina derrama sus fulgores por las páginas, que por eso se llaman inspiradas, de las Santas Escrituras, y al través de la divina cadena de la tradición apostólico-divina.

La razón era impotente para penetrar en el solio del Altísimo, y asistir al desarrollo de la vida inmanente del Dios trino y uno para ni siquiera adivinar su posibilidad. Fué menester que Dios corroborara la humana inteligencia con la soberana lumbré de la fe, para que pudiera afirmar, con invencible certeza, que: en Dios hay una naturaleza y tres personas; que la segunda persona, llamada Verbo, tomó carne humana en las entrañas de una Virgen; y que de Dios inmortal e impasible se hizo hombre mortal y pasible;

que ese Dios-Hombre, por un milagro de amor que heló de espanto a los mismos Querubines, se redujo a la substancia de pan y vino para ser alimento de las almas, envuelto en los accidentes de aquellas substancias; que siendo Dios, se dejó abofetear, azotar, coronar de espinas y clavar en una cruz, para morir entre dos ladrones, con el fin de reconciliar al hombre pecador con su Dios ofendido.

Todas estas son verdades que el hombre ha poseído con el auxilio de las luces de la fe, cuyo conocimiento traspasa el alcance de la razón más potente.

Verdad es que la razón, con solas sus fuerzas naturales, puede alcanzar algunas verdades que influyen poderosamente en el bienestar del hombre, cuales son: la inmortalidad del alma, la existencia de una vida futura, mejor que la presente, la eternidad de los goces del Cielo; pero aun estas verdades que están al alcance de la razón, se presentan ante ella rodeadas de una luz tan débil, que apenas tendrían eficacia para influir en la voluntad, si la débil luz de la razón no hubiese sido corroborada por la lumbre de la fe, a cuyo resplandor divino se desvanece toda sombra de duda, y se engendra en el espíritu creyente un grado tal de certidumbre que, ni el fiero semblante del tirano; ni el crepitar de las llamas; ni el rugir de los leones son capaces de hacer vacilar un momento.

Porque la certeza engendrada por la fe es más firme que la certeza metafísica que es, en el orden natural, la más firme de las certezas.

Dos formas hay, por tanto, de unirse la mente del hombre, en esta vida, con su Dios: por un acto natural de la razón, y por un acto sobrenatural de la fe. Este último es perfectísimo, y sólo de él brota en la voluntad del justo aquel amor tan maravilloso, que él solo es capaz de hacer feliz al favorecido con su divina llama, hasta el punto de hacerle exclamar: *Deus meus et omnia*. Con Dios lo tengo todo; o como dice Santa Teresa: *Quien a Dios tiene—Nada le falta*.

Oigamos algo en el artículo siguiente de este amor divino.

Artículo VI

DEL AMOR SOBRENATURAL A DIOS.—COMO PREDISPONE EL CORAZON DEL JUSTO PARA QUE «NADA LE FALTE»

También la inteligencia humana conocía a Dios, antes que brillara en el mundo el sol de la fe; pero cuán imperfectamente lo conociera lo demuestra el cúmulo de errores sobre la divinidad que profesaba el paganis-

mo y el mayor número, todavía, de miserias morales que inundaban todas las capas sociales y todos los órdenes de la vida, en aquellos pueblos a quienes Dios no se había dignado favorecer con el don de la revelación.

Que se nos cite un solo corazón que amara de veras a Dios entre aquellas gentes, o sea un solo justo. No hablemos de Abraham, Isaac, Jacob y David y tantos otros varones y mujeres esclarecidos por sus virtudes, y alabados de justos por el Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras, porque Israel era precisamente el pueblo escogido para ser el custodio de las verdades reveladas por Dios al género humano, las cuales constituyen el depósito de la fe, antes de la venida de Jesucristo al mundo.

No hablemos, tampoco, de la heroica paciencia de Job alabado, asimismo, de justo por el Espíritu Santo, porque Job, aunque pagano por nacimiento, poseía un alma perfectamente cristiana, pues creía en el Mesías, en una vida futura y en la resurrección de la carne, que son dogmas fundamentales del Cristianismo.

Queda, pues, en pie la afirmación de que el amor sobrenatural del hombre a Dios, llamado también caridad, es fruto del conocimiento sobrenatural de Dios por la fe; que es patrimonio exclusivo de los justos; que su savia divina ha producido y continúa produciendo las grandes maravillas del Catoli-

cismo: y conste que únicamente ese amor sobrenatural, divino, puede justificar el soberano pensamiento contenido en la sentencia teresiana: *Quien a Dios tiene — Nada le falta*. Esto es lo que nos toca ver en este artículo.

Es claro que la providencia especial con que Dios trata a las almas que lo poseen o tienen, como dice Santa Teresa, hasta el punto de proveerlas tan espléndidamente que *Nada les falte* en esta vida, supone en Dios un amor finísimo; amor que por su parte supone otro proporcionado en la criatura racional con él favorecida, porque también tiene aquí aplicación aquel adagio que dice: «Amor con amor se paga», que es traducción de lo que dice Dios en la Sagrada Escritura: «Ego diligentes me diligo».

Ahora bien; ese amor finísimo del hombre a Dios tiene sus raíces, no en el conocimiento natural de las perfecciones divinas, por la razón, sino en el sobrenatural, por la fe.

¡Ah! y, ¿cómo es posible que no se levante intensa y avasalladora la llama del amor divino en el corazón del justo, limpio, por otra parte, de toda afición desordenada que pueda entenebrecer, en lo más mínimo, su entendimiento y enervar sus energías, cuando se empapa su inteligencia de los divinos fulgores que brillan en las soberanas verdades propuestas por la fe a la meditación atenta?

Es cierto que Dios omnipotente al sacar del abismo de la nada los cielos y la tierra, con todas las magnificencias que en el universo resplandecen, me tuvo presente a mí, exclama el hombre de fe; y es cierto también, que para mi dicha y felicidad lo ha criado todo. ¡Qué amor tan inmenso!...

Mas, ¡ay! yo quedé desterrado para siempre del Paraíso de sempiternas delicias, cuando en el paraíso terrestre prevaricaron nuestros primeros padres; y ese Dios, por un rasgo de su amor infinito, se hizo hombre; y hecho víctima propiciatoria por mis pecados en la cruz ante su Eterno Padre, me volvió a abrir las puertas del Cielo.

Pero yo volví a cerrar esas puertas eternas con mis pecados actuales, y mi Dios, infinitamente misericordioso, me las volvió a abrir, tantas veces cuantas los he llorado sinceramente, arrodillado a los pies de su representante en la tierra en el tribunal de la Penitencia. ¿Quién no amará a un Dios tan misericordioso?

Pero el amor divino se convierte en volcán inmenso en el alma del justo, cuando éste se halla en presencia de la Hostia consagrada, y con las alas de la fe santa navega a través del piélago de soberanas magnificencias que el amor, a una con el Poder y Sabiduría de Dios, ha acumulado en el recinto* de aquella cárcel prodigiosa, fabricada de accidentes sacramentales.

¡Ah! lee las vidas de los Santos, que más

especialmente se distinguieron por sus encendidos enamoramientos hacia el Dios de la Eucaristía, y sabrás lo que es amor; y te convencerás de que, aun en este valle de lágrimas, ha fulgurado tan intensa la llama del amor divino en millares de corazones, que no parecía posible fuerza alguna capaz de extinguirla.

Artículo VII

UNA PAGINA DIVINA DE SANTA GERTRUDIS SOBRE EL AMOR DIVINO

«Como se cantase el responso: *Vidi Dominum facie ad faciem*, etc.; esto es: Vi al Señor cara a cara... fué ilustrada mi alma de un inestimable y admirable resplandor con la luz de la divina revelación. Apareció junto a mi rostro otro rostro, no formando ni hecho, sino formador y hacedor; no deslumbrando los ojos del cuerpo, sino alegrando la vista de mi alma, agradable con el beneficio del amor, y no con el color. De esta vista sabrosa, tus ojos resplandecientes como el sol, Señor Dios mío, hiriendo directamente en los míos; de qué suerte tú, suave dulzura mía, hayas regalado no solamente mi alma, sino también mi corazón

con todas sus fuerzas y potencias, sólo tú lo sabes.

»Por lo cual, Señor, te pido que me hagas esta merced de que, mientras yo viviere, sea tu devota esclava. De tus ojos mismos, deificados, sentí por los míos entrar una luz que no se puede estimar lo que me saboreaba, la cual penetrando por todas las partes interiores, parecía que obraba en todos mis miembros una virtud sobremanera admirable, al principio vaciando las médulas y tuétanos de mis huesos, pero después aniquilando también y consumiendo los mismos huesos, juntamente con la carne. De suerte, que no sentía que fuese otra cosa todo mi sér y substancia más que aquel divino resplandor el cual; con una suavidad y deleite mayor que todo encarecimiento, reverberaba en mi alma y causaba una inestimable y serena alegría.

» ¡Oh! ¡qué podría decir de esta vista dulcísima! Porque para confesar la verdad —según a mí me parece— aunque por todos los días de mi vida todas las leguas elocuentes del mundo me quisieran persuadir que había yo de verte con tanta excelencia y con tantas ventajas, aun allá en la gloria, nunca lo creyera, si la grandeza de tu benignidad no me lo hubiera mostrado por experiencia.

» ¡Oh región aquella bienaventurada y beatífica con arroyos abundantísimos de bienaventuranzas, campo de deleites a donde un

grano muy menudo puede suficientísimamente satisfacer al deseo de todos los escogidos, en diferentes cosas que puede imaginar el corazón humano que le serán agradables, amables, deleitables y suaves!

» ¡Oh eterno y el más grande día, medio-día hermoso, morada segura, lugar que en sí contiene todo lo que deleita, paraíso alegre que por todas partes le cercan ríos de inestimables regalos, que convida con la florida belleza de diferentes frescuras, y regala con suavísimas voces, o por mejor decir, suavemente deleita con la melodía de músicas intelectuales, y embriaga con una dulzura mezclada y compuesta de diferentes gustos interiores!

» Pero ¿qué intenta decir mi lengua impedida y tartamuda; pues aunque se juntase todo el poder angélico y humano a este propósito, en ninguna manera sería bastante a formar siquiera una palabra que, como es razón, tocase o declarase tantico de la alteza de tanta excelencia?

» Para esta dicha nacimos; este es el fin de nuestros trabajos, y todos son pocos para alcanzar un tan grande bien. »

Artículo VIII

¿ES CIERTO QUE : «QUIEN A DIOS TIENE,
NADA LE FALTA ? »

Certísimo. Y si es certísimo, como demostraremos plenamente, el pensamiento de Santa Teresa resulta el más grande de los pensamientos, y en él tiene abierta la Humanidad una fuente de consuelo abundantísima, segurísima, solidísima.

Hemos probado, hasta la evidencia, que está en la mano del que quiere el tener o poseer a Dios; y si ahora demostramos que, al que tiene o posee a Dios, nada le puede faltar, habremos escrito el artículo más interesante que puede salir de pluma humana, y aun angelical. No está en la mano del que quiere, poseer riquezas, honores, placeres y aun suponiendo, generosamente, que hubiese logrado uno todas las riquezas, honores y placeres que su desenfrenado apetito codiciaba; ¿acaso podría gloriarse de que: nada le falta?

Pues esta dicha, que no está al alcance del avaro con la posesión de las riquezas; ni del ambicioso con la posesión de los honores; ni del sensual, con la posesión de los placeres, está al alcance de cualquier justo

con la posesión de Dios por el amor. Para demostrarlo, haremos uso de argumentos de razón y de testimonios históricos. No hay que decir que la divina revelación anda muy de acuerdo con la razón y la historia, en este punto.

¡Ah! si yo lograra convencerte, plenamente, lector amigo, ¡qué feliz serías! Levanta el espíritu al Cielo; implora las luces de lo alto y medita, con profunda atención, lo que sigue:

El que ama a Dios, será amado de Dios, necesariamente. El que es amado de Dios, necesariamente ha de ser feliz y, por tanto, nada le puede faltar. Todo esto se prueba rigurosamente. Mas antes de pasar a las pruebas, debemos hacer una observación. Al hablar aquí de felicidad, no nos referimos a la felicidad cumplidísima que disfrutaban los Santos en el Cielo, sino a la que es posible disfrutar en este mundo, esto es: afirmamos que ésta únicamente la disfrutaban los que aman fervientemente a Dios.

Porque el que ama a Dios, necesariamente será amado de Dios. No faltaba más. Dios es un sér personal, dotado de inteligencia infinita, a la que, por tanto, nada puede ocultarse de cuanto hacen los hombres: de donde se sigue que, si éstos producen un acto de amor a Dios, este acto llegará a noticia de su Sér amado, y como ese Sér amado posee, además, un corazón proporcionado a su inteligencia, claro es que corres-

ponderá con amor, a su modo infinito, al amor finito de la criatura; ¿por ventura el corresponder con amor al amante no es una necesidad moral, impuesta por la ley de la gratitud a los seres racionales? Absurdo sería pensar que sólo Dios, que es el Sér racional por excelencia, había de faltar a esa ley nobilísima.

Y, ¿quién puede dudar de que el Amor divino necesariamente ha de producir en el alma, de que ha tomado posesión, ese bien supremo del corazón humano, que se llama felicidad?

Porque eso quiere decir amar: hacer bien a la persona amada—que obras son amores y no buenas razones—dice el adagio. Luego si el amor que Dios profesa al hombre ha de traducirse en obras, beneficios o bienes positivos, también es claro que ese bien ha de responder a las condiciones de la persona que lo hace; porque unas son las pruebas de amor que da un mísero pastor de ovejas, que todo lo necesita para su sustento, y otras las de un Rey magnífico, a quien tantas cosas sobran.

¿Qué prenda, pues, será digna del amor infinito que el Sér supremo tiene al hombre, que no contenga el bien mayor que el humano corazón apetece?

Y, como el bien mayor que el corazón humano apetece, está contenido en la palabra felicidad, síguese con estricto rigor lógico, que aquél a quien Dios ama, ha de

ser necesariamente feliz, y que en la posesión de la felicidad nada le puede faltar por consiguiente.

Porque, ¿en qué consiste, definitivamente, la felicidad? En dos cosas: negativa la una y positiva la otra. En carecer de los males de la vida, y en tener cumplidos todos los deseos y aspiraciones racionales del alma. Como esta definición es indiscutible, no hay para qué entretenernos en probarla. Lo que hemos de probar es, cómo Dios libra de los males de la vida a los que ama con amor de verdadero amigo. Abramos, en primer lugar, el libro de la historia, y encontraremos sus páginas sembradas de testimonios, que pregonan elocuentísimamente nuestra afirmación.

Un día resolvió Dios ahogar toda la raza humana bajo las olas de un diluvio; mas antes de llevar a cabo su terrible resolución, mandó un Angel a Noé para que le intimara la orden de fabricar un arca, donde se salvara él, su familia y un par de animales de cada especie. En efecto, llegó el día de las soberanas venganzas; abriéronse las cataratas del cielo, y bajo las aguas del diluvio quedó exterminada toda la prole de Adán, excepto Noé y su familia.

¿Por qué libró Dios a Noé y su familia de las aguas del diluvio? Porque eran los únicos corazones de la raza humana que amaban a Dios; y Dios amoroso, ¿había de someter a los rigores de un mal físico tan tremendo,

cual es morir ahogado, a los ocho justos que tanto amaba?

Más tarde quiso también Dios reducir a pavesas las cinco ciudades de la Pentápolis en castigo de los pecados de carnalidad, que habían encendido su cólera divina.

Pero, a tiempo, hizo avisar a Abrahám, por medio de un Angel, que al percibir el ruido del fuego que bajaría del cielo, huyeran de Sodoma, Lot y sus respectivas familias, para que no les alcanzara la ira del Señor.

Porque Lot y sus respectivas familias, eran justos que amaban a Dios.

¿Qué es la historia del casto José sino un tejido de rasgos hermosísimos del amor que Dios le profesaba; ora sacándolo de la cisterna a que la envidia de sus pérfidos hermanos le precipitara; ora arrancándolo de las profundidades del calabozo a que lo arrojó la vil calumnia de una mala hembra; ora sublimándolo al sitial más próximo al trono de los Faraones?

¡Ah! y qué prodigios no obró, asimismo, Dios a favor del pueblo de Israel, a quien llamaba su pueblo escogido, cuando lo sacó, por medio de Moisés, de la esclavitud de Egipto; y arremolinó las aguas del Mar Rojo en dos formidables murallas, para salvarlo de la espada de Faraón; y lo alimentó milagrosamente con un maná llovido del cielo; y acudió a aliviar su sed, haciendo brotar el agua de una dura peña; y cuando le dió vic-

toria sobre todas las naciones que se oponían a su paso a la tierra de promisión!

Y, ¡cómo ese Dios amoroso mantuvo incólumes a sus tres queridos mancebos hebreos Ananías, Misael y Zacarías, en medio de las llamas del horno de Babilonia; y libró a Daniel de la voracidad de los leones; y remedió prodigiosamente el hambre que en el lago le atormentaba, por medio del Profeta Habacuch, a quien un Angel trasportó por los aires, hasta dejarle encima del lago de los leones, donde dejó caer una cesta provista de manjares que los hambrientos carnívoros respetaron, para que Daniel se alimentara con ellos!...

Y, abriendo, sobre todo, la historia del Cristianismo, ¡cómo podríamos multiplicar los testimonios que revelan la singular providencia con que Dios favoreció a los Santos del Nuevo Testamento, librando a unos de la crueldad de los leones, como a Santa Tecla y a los nobilísimos persas Abdón y Senén; rompiendo a otros las cadenas que los tenían aherrojados en el calabozo, como al Príncipe de los Apóstoles; y conservando a innumerables sin lesión, en medio del fuego, como a Clemente, Obispo de Ancira; a las Eulalias y a la ínclita siciliana Santa Lucía!

Tan frecuentes eran esos prodigios, en la edad heroica del Cristianismo, que ya los leemos sin asombrarnos.

Luego queda demostrado que Dios libra

de los males físicos a sus fervorosos amantes; con lo cual aparece patente, asimismo, que el amor divino proporciona a sus favorecidos la primera parte de la felicidad, que consiste en carecer de los males de la vida.

Mas, ahora, nos queda por resolver una dificultad tremenda que parece anular, por completo, el argumento que acabamos de exponer.

Artículo IX

UNA OBJECION FORMIDABLE CONTRA LO DICHO

Lo es, en efecto, la siguiente cuyo autor es, nada menos, que el Espíritu Santo. Pues, ¿no dice el Divino Espíritu en el libro de los Proverbios: «*Ego quos amo arguo, et castigo?*», que parece decir todo lo contrario de lo que hemos afirmado nosotros, ésto es: «Yo reprendo y castigo a los que amo»; y por la pluma de San Pablo en su carta a los hebreos, ¿no nos hace saber el mismo Espíritu Santo que: «*quem enim diligit Dominus, castigat?*» o sea: «Que el Señor aflige con castigos al que ama»; siendo así que nosotros hemos afirmado, en el artículo precedente, que Dios libra a los que ama de los males físicos de la vida.

¿Es que al escribir nuestro artículo, no teníamos presente los textos escripturísticos? Los teníamos presentes. Más: ¿es que al escribir nuestro artículo precedente, no teníamos presente la historia, la cual está atestada de testimonios que, al parecer, prueban todo lo contrario de lo que hemos intentado demostrar nosotros? Sí, señor, teníamos presente también que los que aman a Dios, esto es, los justos lo suelen pasar muy mal en este mundo, a los ojos de los hombres, viéndose más oprimidos de males, por regla general, que los pecadores que lo desprecian y ofenden. Esto es cierto, y no hay más remedio que rendirse ante el testimonio histórico: y, con todo, lo que dejamos escrito, bien escrito está; y de lo escrito no hay que borrar una sola tilde.

Por de pronto, quedan en pie los testimonios históricos que demuestran la providencia especial con que Dios libró de males físicos, muy temibles, a muchos de sus queridos justos y, algo es algo, ¿no es así? Y ahora vamos a solventar el tremendo nudo de la dificultad.

Para ello bastará que nos entendamos sobre el concepto que debemos tener de lo que llamamos mal. ¿Qué es, pues, lo que se entiende por mal? Se llama mal físico todo aquello que repugna a nuestra voluntad. Todo aquello que es conforme a mi voluntad, gusto y deseo racional, por más que repugne a mi sensualidad, podrá ser en

sí un mal físico, pero no lo será para mí, desde el momento en que lo quiero.

Citemos algunos casos: la pobreza, ¿es un mal? Depende. Para los que no la quieren; para aquellos a quienes repugne ser pobres, la pobreza es un mal; mas para aquellos a quienes no repugna sino que, por el contrario, la quieren y aun la buscan, no sólo no es un mal sino que es un bien.

No sería la pobreza un mal para San Francisco de Borja quien, siendo Duque de Gandía y Virrey de Cataluña, dejó el mundo con todas las riquezas que en él poseía, para vivir pobremente en la Compañía de Jesús. Ni repugnaría como un mal la pobreza a Luis Gonzaga, quien dió de mano al marquesado de Castellón, que le tocaba por juro de herencia, al señorío de Solferino y ducado de Mantua, de que era presunto heredero, para vestir la pobre sotana de San Ignacio de Loyola. Y, ¡cuántos y cuántos miles de pobres, como estos voluntarios, figuran en los Anales del Cristianismo! Dígase lo mismo de los demás males físicos que nos vienen de la privación de honores y placeres.

El vivir despreciado de los hombres y apartado de los placeres mundanales, podrá ser un terrible mal para el soberbio y sensual que corren desolados tras ellos, pero no para el solitario que mora en los desiertos; ni para el cenobita que habita en el monasterio, los cuales lo solicitan con anhelo para enriquecerse con los altísimos bienes morales, que tanto ennoblecen el alma.

Además, el amor es un lazo moral que une a los amantes, tan íntimamente, que hace de dos almas una sola alma, hasta el punto de no tener más que una inteligencia y una sola voluntad, porque es ley de buenos amigos que piense el uno lo que piensa el otro, y que ambos quieran una sola cosa.

Cuando, pues, ese lazo amoroso une a Dios con la criatura racional, por virtud de esa propiedad característica de su naturaleza funde en una las dos voluntades divina y humana; y ya se comprende que no pudiendo permanecer más que una de las dos voluntades, después de la maravillosa fusión, ésta ha de ser la divina, que por ser de infinita perfección, no puede sufrir alteración de ningún género.

Identificada, pues, la voluntad del justo con la de Dios, por el finísimo lazo del amor, resulta que no puede querer sino lo que Dios quiere, y no querer lo que Dios no quiere; y como por otra parte el justo es hombre de fe, y la fe nos enseña que de todos los males físicos es autor Dios, quien nos los envía para nuestro bien; cuando el justo es despojado de sus bienes de fortuna: riquezas, honores y placeres, exclama: Dios quiere que sea pobre, despreciado y enfermo, también lo quiero yo; porque desde el momento en que Dios me envía estos males, ya no son para mí males, sino bienes muy estimables. Y en esta conformidad con la voluntad divina está la fuente de la segunda parte

de la felicidad del justo, que consiste: en tener cumplidos todos sus deseos, y satisfechas todas sus aspiraciones racionales, y que por ende: nada le falte.

Porque, ¿qué puede faltar a quien está contento con lo que tiene? Pues esta es la condición del verdadero justo, el cual si abunda en riquezas, honores y placeres, contento está con tales bienes de fortuna; no por la autoridad y bienestar que ellos le proporcionan, sino porque con su posesión cumple la voluntad de Dios: por lo cual, si un día por disposición de esta misma voluntad divina se queda pobre, deshonrado o enfermo, exclamará con el justo Job: «El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó; sea su Santo Nombre bendito.» ¿Por ventura la vida de todos los Santos del Catolicismo no es una confirmación elocuente de esta gran verdad?

Claro es que los Santos, que son los justos por excelencia, no dejaban, por ser Santos, de sentir los efectos naturales de los males de la vida, ya que eran de carne y hueso como nosotros, esto es: cuando estaban enfermos, sentían los dolores de la enfermedad, y cuando eran víctimas de alguna deslealtad, sentían las amarguras propias de un corazón abandonado por los amigos.

Mas ninguno de estos males bastaba a privarles de la alegría substancial; ni era poderoso para arrebatárles la tranquilidad de

espíritu, inseparable de la conformidad con la voluntad divina ; pues como dice la glosa teresiana :

Del infierno acosado
Aunque se viere,
Burlará sus furoros
Quien a Dios tiene.

Vénganle desamparos,
Cruces, desgracias ;
Siendo Dios su tesoro,
Nada le falta.



CAPITULO VII
SOLO DIOS BASTA

Artículo único

AL JUSTO SOLO DIOS LE BASTA

Veamos en qué sentido resulta exacta la sentencia de Santa Teresa: *Sólo Dios basta*.

Que sólo Dios baste al que ama fervientemente a Dios, es cierto en sentido exclusivo, primeramente; esto es: nada, fuera de Dios, basta al hombre; porque todos los seres, fuera de Dios, son limitados, finitos; y las facultades espirituales del sér racional, aunque limitadas y finitas en su esencia, aspiran a lo infinito, en cuya posesión sólo hallan perfecto reposo. En este sentido dijo el gran San Agustín: «Nos criaste, Señor, para ti, y nuestro corazón no halla reposo sino en ti».

Y en efecto; la experiencia nos enseña que no bastan al corazón del avaro todas las riquezas del mundo para darle sosiego; ni los más encumbrados honores, ni los deleites más refinados tienen poder para hacer

feliz el corazón del ambicioso, ni del sensual.

Ni aun la ciencia, que es el bien que más ennoblece al alma, después de la virtud, posee el don de satisfacer los deseos de los sabios; y por eso uno de los más famosos, entre ellos, después de haber consumido una prolongada existencia en el estudio profundo de la Filosofía, hubo de exclamar: «Una cosa sé, y es que nada sé».

Sólo Dios es capaz de llenar cumplidamente las exigencias de nuestra inteligencia, en su hambre de verdad, y de nuestra voluntad, en su hambre de bien moral; porque sólo Dios es la Verdad Suma y el Sumo Bien

Pero el hombre no sólo tiene alma, con sus exigencias espirituales, sino que además tiene cuerpo y este cuerpo, que es un conjunto de materia, tiene asimismo sus exigencias propias, que se alimentan de materia. ¿Cómo, pues, Dios que es Espíritu, podrá bastar a las exigencias materiales del cuerpo?

También puede afirmarse, con toda verdad, que sólo Dios basta, aun para satisfacer las exigencias materiales del cuerpo, a veces directa, a veces indirectamente.

Dios es omnipotente, y sería necesidad suma creerle impotente para satisfacer las exigencias materiales del cuerpo, siempre que plazca a su soberana voluntad hacerlo; y que quiera hacerlo a favor del justo, que tiene en El depositada toda su confianza, consta de varios textos de la Sagrada Es-

critura, en que tiene empeñada su palabra; como aquel de Isaías: «Dios me gobierna, y nada me puede faltar». *Deus regit me, et nihil mihi deerit*; y consta, además, por innumerables testimonios históricos, que así lo ha hecho en favor de sus siervos queridísimos, no pocas veces. A Santa María Magdalena sustentó, prodigiosamente, sin alimento material por muchos años. Lo mismo hizo con María egipciaca, la pecadora, la que, falta de todo alimento material, vivió muchos años en los desiertos de Egipto. Cuarenta años estuvo Simeón Estilita en la cumbre de una alta columna, sin bajar de ella. ¿Quién le alimentaba?

Mas la sentencia de Teresa de Jesús: *Sólo Dios basta*, no se escribió para esos casos que suponen una providencia, maravillosamente extraordinaria; ni siquiera para aquellos otros casos extraordinarios, también, aunque no tanto como aquellos, en que Dios se sirve de los seres irracionales para atender al socorro de las necesidades de sus siervos:

Como a Elías, que vagaba errante por montes y desiertos perseguido por la impía Jezabel, enviaba todos los días un cuervo, con un pan colgado del pico, para remediar su hambre. Otro cuervo envió por espacio de sesenta años a Pablo, primer ermitaño, medio pan, con el cual y con unos pocos dátiles que le regalaba una palmera que, providencialmente, también brotó en la cueva que habitaba, alargó Pablo la vida hasta los 113 años.

No; la sentencia teresiana: *Sólo Dios basta*, tampoco se escribió para estos casos de providencia extraordinaria, sino para expresar la providencia ordinaria que Dios observa con los justos que tienen puesta en El toda su confianza.

A estos, digo, Dios proveerá, aun en las circunstancias más apuradas, de modo que nada les falte de cuanto basta para satisfacer sus deseos.

Por lo cual el *Sólo Dios basta* significa, en primer lugar, que a los justos ningún bien de este mundo les satisface, sino Dios. Segundo; que los justos con sólo poseer a Dios están tan contentos y satisfechos que no echan de menos nada más; ni las riquezas, cuando son pobres; ni los honores, cuando viven en estado humilde; ni la salud, cuando están enfermos; ni la ciencia, cuando son ignorantes; porque están seguros de que son pobres y despreciados e ignorantes y que están enfermos por voluntad de Dios; y el justo verdadero, no tiene otro deseo en este mundo que hacer la voluntad de Dios; y es claro que para ser feliz, sólo basta tener cumplidos todos los deseos.

Por donde aparece radiante de luz el soberano pensamiento contenido en las tres palabras que cierran, con broche de oro, la incomparable letrilla de la Seráfica Doctora del Carmelo:

Sólo Dios basta.

A. M. D. G.

LICENCIA DE LA ORDEN

IMPRIMI POTEST

Gandiae, 15 Aprilis 1926.

Joannes Guim, S. J.

OBISPADO DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT

El Censor,

Dr. Vicente Peña Hostal, Pbro.

Barcelona, 10 de Mayo 1926

Imprimase

JOSE, Obispo de Barcelona

Por mandato de Su Excia. Ilma.

Dr. Francisco M.^a Ortega de la Lorena

Canciller Secretario.

TIPOGRAFIA CATOLICA CASALS

LIBRERÍA — CASA EDITORIAL — IMPRENTA PONTIFICIA
CALLE CASPE, 108 — APARTADO 776 — BARCELONA

Interesantes libros piadosos : recientemente publicados :

- Aguilera, S. J. (R. P. Pedro).*—YO ¿PARA QUE NACI? A las jóvenes cristianas. 5ª edición. 0,40 ptas.
- Aguilera, S. J. (R. P.).*—DESDE LA CUNA HASTA LA ESCUELA (2ª edición). 1 peseta en rca. y 2 en tela.
- Anizán (F.).*—HACIA EL. Libro por excelencia de los devotos del Sagrado Corazón. Traducido de la 44 edición, por *Fr. S. Eiján, O. F. M.* 4 ptas. en rca. y 5,50 en tela.
- Aracil, C. F. R.*—CUADROS EVANGELICOS Y LUGARES SANTOS DE PALESTINA. 15 pesetas en rca. y 18 en tela.
- Bover, S. J. (P. J.).*—BIENAVENTURANZAS EUCARISTICAS.—(Nueva edición de 3.000 ejemplares), 0,50 ptas.
- Krebs (Arsenio).*—CON DIOS ME BASTA. A los amigos del Corazón Eucarístico de Jesús. Traducido de la 80ª edición francesa, por el R. P. Rafael Ferrero, C. SS. R. 3,50 ptas. en rústica y 4,50 encuadernado.
- Moreno y Diaz (Ilmo. P. E.).*—MAXIMAS, SENTENCIAS Y SOLILOQUIOS, entresacados de sus obras, por el R. P. *Teófilo Garnica del Carmen.* Un verdadero Kempis moderno que deben adquirir cuantos anhelan la verda-

dera felicidad. 1,60 ptas. en rústica y 2,40 en tela.

Quevedo, S. J. (Rdo. P. F. G. de).—CUATRO OPUSCULOS DE PROPAGANDA.—1: La vocación del Sacerdote es la más excelsa. ¿Quién puede ser sacerdote?—2: ¿Y yo por qué no? Una pregunta seria y una respuesta recta.—3: ¿Quién puede ser monja?—4: ¡Dios te querría sacerdote! Misionero.—*Precio de cada folleto*: 20 cts. ejemplar.

Trabal, S. J. (P. Manuel).—PRODIGIOS FUCARISTICOS. 5ª edición. 3,50 ptas. en rústica y 4,50 en tela.

Vergara, C. R. (P. C.).—VIDA DE SAN CAYETANO DE THIENE, precioso antídoto contra el actual materialismo. 3,50 ptas. en rca. y 4,50 en tela.

Vilaplana (Mons. José).—TEOLOGIA PASTORAL Y PRACTICA PARROQUIAL. 2ª edición acomodada a las nuevas declaraciones canónicas, por el M. I. Dr. J. Cortecans. 9,50 pesetas en rca. y 12 en tela.

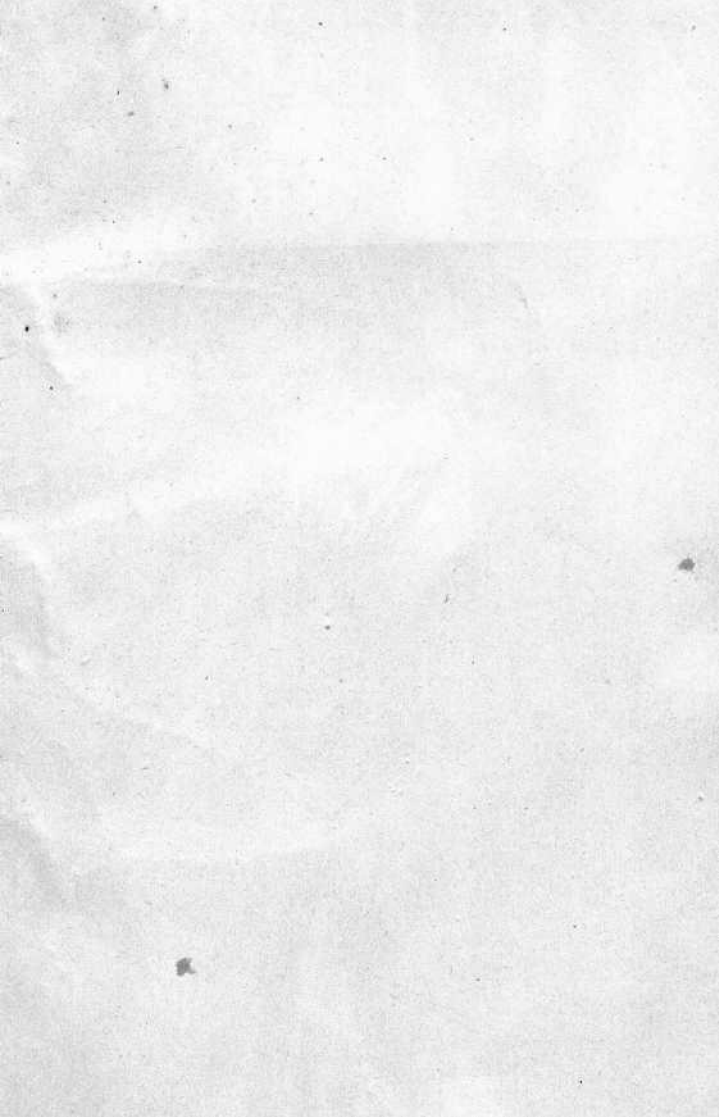
La sección de librería de esta casa, modernísimamente organizada y con archivo bibliográfico completo, manda a cualquier población del mundo, cuantos libros se pidan, en las mejores condiciones de rapidez y economía

Dirigir los pedidos a
MIGUEL CASALS (Tipografía Católica Casals)
Caspe, 108 — Ap. 776 — Barcelona (España)



TIP. CAT. CASALS

CASPE, 108. - BARCELONA



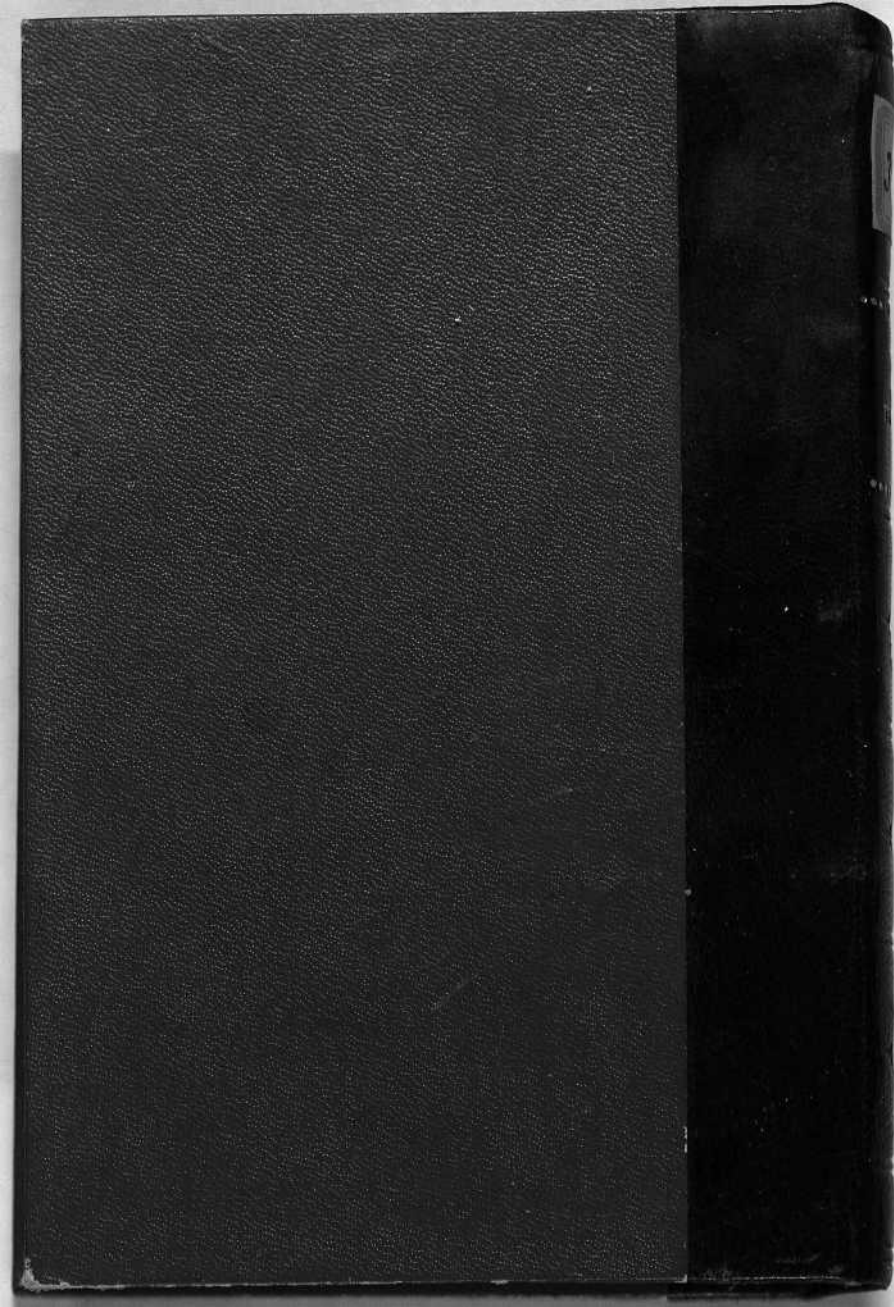
MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús

Número.....	3254	Precio de la obra....	Ptas.
Estante.....	96	Precio de adquisición.	„
Tabla.....	2	Valoración actual....	„



3254.

NADA
TE TURBE